

## LAS REFORMAS DEL EMPERADOR JULIANO, LA REACCIÓN PAGANA

### A LA INTRODUCCIÓN DEL CRISTIANISMO EN EL IMPERIO

#### Introducción el cristianismo en el Imperio Romano

Las relaciones del Imperio Romano con la religión cristiana pasaron por una serie de fases. En los primeros momentos, el gobierno imperial habría mantenido una actitud neutral o benévola, sin que se diferenciara excesivamente de la sostenida con otras sectas del judaísmo. Se puede afirmar que entre el año 64 d.C. y el 250 sólo se produjeron persecuciones aisladas, locales y como respuesta a la hostilidad popular. La sociedad pagana los consideraba como carentes de antigüedad y, por tanto, de respetabilidad; impíos con los dioses e infames por rendir culto a un personaje que había sido condenado a morir de una manera desprestigiada; su carácter de sociedad secreta hacía que se les acusase de abundantes *flagitia*; la ignorancia acerca de sus propósitos llevaba a que se les achacara desear el final del Imperio, lo que vinculaban con su resistencia a participar en el Culto Imperial; en los momentos iniciales se resistieron a participar en el ejército y en la administración del estado; eran considerados los responsables de catástrofes naturales y de ser un factor de disgregación y ruptura en la vida familiar tradicional.

La segunda mitad del s. III fue el de las grandes persecuciones del cristianismo, en un momento en que su expansión era ya un hecho destacado y entre las que la historiografía ha destacado la de Diocleciano. Quema de iglesias y libros sagrados, obligación de realizar sacrificios a los dioses paganos y especialmente al culto imperial, depuración política de los cristianos y condena a muerte a los miembros del clero y a quienes incumplieran las normativas de restricción fueron sus principales aspectos. Las persecuciones no mermaron la difusión de la nueva religión, con un considerable número de adeptos en todas las capas de la sociedad, especialmente en las ciudades. En el 311 Galerio formula un edicto de Tolerancia por el cuál se permite la libertad de culto y la restitución de bienes a la Iglesia que le habían sido confiscados en las persecuciones anteriores. Así, el cristianismo pasa a ser una religión consentida más, dentro de un imperio oficialmente pagano.

Por tanto, se puede afirmar que el siglo IV iba a conocer el éxito del cristianismo, que pasa de ser una religión ilícita hasta el 313 para convertirse en la religión del estado en el 380.

Posteriormente, la legislación religiosa de Constantino supone un importante paso para la historia del cristianismo y la evolución posterior del estado romano. En el 312 les concede privilegios fiscales y en 313 se otorga el malamente denominado “Edicto de Milán”. En los años de alianza con Licinio mantuvo una política continua de integrar a la Iglesia y a su jerarquía en la administración del estado. Entre los principales aspectos de esta política caben destacar la concesión a la Iglesia de recibir legados y donaciones, la continuación de la manumisión *in ecclesia*, la declaración del domingo como festivo,, si bien bajo la denominación genérica de día del sol, más aceptable para los paganos, la extensión de la exención tributaria, así como el incremento de simbología cristiana en las monedas en detrimento de las representaciones paganas (con la excepción del Sol Invicto). Esta política religiosa no parece que encontrara una oposición significativa en el seno de la sociedad romana, ya que, además, mantuvo prácticas y templos paganos y él mantuvo hasta su muerte la condición de *pontifex maximus*. Entre el 320 y el 328 se mostró más netamente cristiano, en paralelo que crecía su rivalidad con Licinio. En el 323 se prohibieron los sacrificios paganos en los aniversarios imperiales y desde

octubre del 324 desaparece en las monedas el título de *Invictus* que es remplazado por el de raigambre cristiana de *Victor*. La victoria de Constantino se cubre de tintes teológicos en las fuentes cristianas. El Concilio de Nicea sería convocado, inaugurado y presidido por el propio emperador.

La cristiandad oriental se hallaba cada vez más inmersa en disputas teológicas, así como la lucha entre las Iglesias de Alejandría y la de Antioquía. El problema del arrianismo se convertirá en un hito dentro de las herejías que dividirán la fe cristiana. En Nicea se abocó por la condena de Arrio y de sus partidarios y el empleo de una fórmula general respecto a la Naturaleza del Padre y la del Hijo, mediante el término de la *homoousios* por la cual ambos tenían la misma sustancia. De esta manera se obtenía una unidad formal de la Iglesia formulada sobre la base de un texto formulado a la manera jurídica, si bien dejando muchos descontentos. Constantino empleó, fundamentalmente, métodos pacíficos en la defensa de esta Iglesia nicena y se concentró en sus últimos años en el desarrollo de medidas que debilitasen el paganismo y en la reconciliación con los arrianos<sup>1</sup>. Así, procedió a la desamortización general de los bienes de templos y santuarios paganos y a la supresión de aquellos que contenían aspectos más discordantes con la el cristianismo, como el caso de los de Afrodita en Afaca y de Asclepio en Egeas. A la vez, procedió a la construcción de numerosas iglesias en las principales ciudades o centros de tradición cristiana (Palestina). El bautismo de Constantino poco antes de morir marcó un hito destacado para la historiografía cristiana posterior.

Constancio II y Constante seguirían las grandes pautas mancadas por su padre, ampliando los privilegios al clero. Podemos señalar la exención del deber de albergar tropas en casa, la de pagar impuesto a los que practicasen el comercio y la creación de tribunales que juzgasen específicamente a los obispos. La situación de favor no supone aún la plena cristianización del Imperio.

A Constante, partidario de las decisiones del Concilio de Nicea, caído víctima de la usurpación de Magnencio, le sucedió Constancio, que comenzó a desarrollar una política religiosa de implantación del arrianismo, corriente de la cual parecía que era un verdadero devoto y defensor. El arrianismo contaba con escasos apoyos en Occidente, fuera de algunas provincias danubianas. A través de concilios como los de Arlés y Milán, el emperador coaccionó a la parte del episcopado que no se ausentó pero que se resistió con fuerza y consiguió la condena de Atanasio, auténtico paladín del cristianismo niceno. A partir de estos logros, Constancio trató de imponer su política religiosa por cualquier medio. Se decretaron severas penas para quienes diesen culto a los dioses paganos, ordenando el cierre de los templos, y contra los practicantes de magia y adivinación. Estos ataques afectaron especialmente a la aristocracia pagana de Roma. Entre el 353 y el 357 todas las prefecturas del pretorio occidentales estuvieron ocupados por orientales, principalmente burócratas próximos a los círculos de la corte imperial, frente a la nobleza tradicional romana y a la gala. La misma prefectura de Roma fue concedida a Flavio Leoncio, senador de Constantinopla y devoto arriano<sup>2</sup> en el 356-357. Esta política se relaciona con la equiparación de los dos Senados y con el incremento de las cargas fiscales de los senadores romanos. Sin embargo, cuando visitó Roma en el 357 la actitud de Constancio se moderó, no obstaculizando la emisión por la aristocracia pagana de las *contorniatas* o medallones conmemorativos, instrumento tradicional de propaganda pagana que fueron acuñados por Vitrasio Orfito, prefecto de la ciudad. También se ocupó de nombrar sacerdotes paganos. Las querellas religiosas

<sup>1</sup> García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998. p. 72.

<sup>2</sup> Kovaliov, S. I., *Historia de Roma, Vol. 2, El Imperio*. Akal, Madrid, 1973. p.260.

proliferaron, también dentro del arrianismo, sobre todo en sentido cristológico. Se distinguían Homousianos y Eunomianos, pero entre unos y otros existían abundantes matizaciones de las posturas de la subordinación al Padre por el Hijo. Se sucedieron concilios que establecieron la semejanza “*sirmium*” entre el Padre y el Hijo, pero la fórmula conciliatoria tuvo escaso éxito y la conflictividad teológica continuó. Constancio presionó y obtuvo la firma de los obispos del “símbolo datado”. El cristianismo se hallaba pues muy fragmentado en estos momentos de abundantes cismas, herejías (entre las que junto el arrianismo podemos destacar el donatismo), excomuniones entre los distintos fieles y concilios cuyas resoluciones no terminaban con la conflictividad teológica.

En este proceso de cambios, hemos apreciado como el cristianismo se ha convertido en un aspecto más con el que tanto emperadores como aristócratas realzan sus bases de poder y de prestigio, además de actuar como foco de cohesión de grupos frente a las restantes facciones. Así, podemos señalar el caso del usurpador Magnencio quién en relación a su política de atraerse apoyos en Occidente reflejó una actitud ambigua a título religioso, legalizando de nuevo los sacrificios nocturnos y favoreciendo aspectos del paganismo a la par que mantenía íntegramente en su moneda los símbolos cristianos. La vinculación entre el cristianismo como religión y elemento diferenciador de una tradición pagana, muy magnificada e idealizada desde el punto de vista cultural, pero con menor arraigo fiduciario debe ser muy tenida en cuenta. La conversión al cristianismo no sólo debe considerarse como determinada por factores ideales, sino con un carácter exterior. Muchos neocristianos seguían siendo, en ánimo, conciencia y/o comportamiento ritual, paganos.

La antigua concepción del mundo, las antiguas tradiciones y costumbres religiosas no habían desaparecido, como lo demuestra la reiterativa legislación en contra. Todavía estaban presentes en la conciencia de buena parte de la sociedad. Una parte de los grupos sociales ligados a la vieja tradición, no sólo ideológicamente, sino también materialmente mantenían su apoyo. Podemos destacar a los sacerdotes de los templos paganos, a los maestros de las importantísimas escuelas de Atenas, Alejandría, Antioquía, Mileto, Efeso y Nicomedia, así como bastantes filósofos e intelectuales.

El firme rechazo al cristianismo de muchos de estos elementos paganos les lleva a oponerse a una estatalización del cristianismo, sin embargo lo limitado de estos grupos hace que sea poco peligrosa, pero muy desagradable para unos emperadores que quieren acabar con las prácticas mágicas y adivinatorias.

### **Los orígenes de Juliano. El César Juliano**

Flavio Claudio Juliano era hijo de Iulio Constancio y de Basilia y nieto de Constancio I. Pasó la mayor parte de su infancia y juventud lejos de la corte imperial de Constantinopla y de los asuntos de gobierno. Cuando a Constantino le sorprendió la muerte sin haber resuelto, al menos de una manera eficaz, el problema sucesorio, la rivalidad entre los príncipes sucesores dio lugar de manera inmediata a conjuraciones e intrigas entre las facciones aristocráticas que apoyaban a unos frente a otros. Tras la conferencia de Viminacio, tuvo lugar un motín militar, probablemente a instigación de Constancio<sup>3</sup>, que daba cuenta en Constantinopla de esta oposición en el seno de la familia imperial y del gobierno. De la matanza que acabó también con la vida del prefecto del pretorio Ablabio, las ramas colaterales en línea masculina de la familia imperial son devastadas sólo escaparon los dos jóvenes hijos de Julio Constancio, Galo y Juliano. El primero contaba con doce años y el segundo con seis. Juliano se referiría

<sup>3</sup> Kovaliov, S. I., *Historia de Roma, Vol. 2, El Imperio*. Akal, Madrid, 1973. p.259.

en el 361 a Constancio como “*el asesino de mi familia*” Se les relegó a dos ciudades distintas de Asia Menor y fueron rodeados de maestros cristianos que estaban dirigidos por Eusebio, obispo de Nicomedia, arriano e intrigante.

Tras la muerte de Eusebio, durante seis años, Juliano vivió junto con su hermano en un lejano castillo de Capadocia, *Macellum*, donde se dedicaba fundamentalmente al estudio y a la cinegética. Probablemente allí o en la localidad próxima de Cesarea se la administrara el bautismo<sup>4</sup>. Seguían supervisados por la vigilancia de eunucos de corte y maestros arrianos. En estos tiempos parece que fue cuando trabó relación con Mardonio, uno de los eunucos, escita, que le puso en contacto con los poetas y filósofos griegos. Posteriormente, completó su formación intelectual en Constantinopla y Nicomedia, donde asistió a las escuelas de retóricos de prestigio como Nicocles y Hecebolio. Este último, rector cristiano, fue elegido por Constancio y era conocido por su oposición a los paganos. A su vuelta a Nicomedia, decidida por Constancio, mantuvo correspondencia secreta con el famoso rector pagano Libanio. Las relaciones de Juliano con los grupos paganos pudieron llegar a oídos de Constancio por lo que éste se cortó cabellos y se afeitó la barba (signo exterior de las creencias paganas), empezando a llevar una vida monástica y entrando a formar parte del clero de Nicomedia como lector. Cuando Galo fue nombrado César, consiguió una mayor libertad de movimiento que aprovechó para viajar frecuentando las famosas escuelas filosóficas de Atenas, a la que fue desterrado apoyado por la emperatriz Eusebia, y Asia Menor. Durante su feliz estancia en Atenas pudo ser iniciado en los misterios eleusinos. Juliano se debió de introducir, a partir de las enseñanzas de Adesio de Pérgamo, un famoso seguidor de las doctrinas de Yámblico, y de algunos discípulos suyos, como Eusebio, Crisantio, Prisco y Máximo de Éfeso, en las corrientes del neoplatonismo más acordes con las prácticas teúrgicas y místicas que se habían venido convirtiendo en el bastión de las élites aristocráticas paganas cultas, así como el arte de la adivinación y la magia y los procedimientos para “entrar” en contacto con las divinidades. Juliano afirmaría que oía voces y veía al Genio del Estado. Para muchos autores, de aquí arrancarían su apostasía del cristianismo, del que tenía conocimientos profundos por su primitiva formación, dirigida a la carrera eclesiástica. La doctrina le había sido transmitida en relación a la disputa entre nicenos y arrianos. En este caso, Juliano ocultaría su conversión pagana durante bastantes años, tras la rebelión contra Constancio.

Para Constancio, dueño de la situación tras los conflictos sucesorios y varias sublevaciones, usurpaciones y rebeliones dentro y fuera de las fronteras del Imperio, la situación en la Galia se presentaba muy conflictiva en la primavera del año 356. Así, en noviembre de ese año Juliano era nombrado César a la edad de veinticuatro años. El aprecio hacia él de la emperatriz Eusebia debió de ser un factor determinante frente a la reticencia de Constancio y algunos de sus consejeros de nombrar César al hermano de Galo, quién tras haber sido nombrado César y destinado a oriente, atrajo pronto las sospechas de Constante y fue ejecutado. A ello se uniría su inexperiencia para el que Constancio consideraba como el puesto más alto del funcionariado. Estas razones son las que debieron impulsar al emperador a rodear a Juliano por una pléyade de oficiales y burócratas escogidos personalmente por él, entre los que destacan Marcelo y Barbatio. A Juliano se le casó con Helena, la hermana del emperador, con vistas a tener un mayor control de sus actividades. No obstante, esto no tiene porque considerar la existencia de una sistemática desconfianza de Constancio hacia Juliano, como la propaganda posterior de este último trató de hacer creer. Lo cierto es que en el 356 Juliano protestaba por la dependencia de sus jefes. Las posibles limitaciones que se le hubieran

---

<sup>4</sup> Gómez Pantoja, Joaquín (Coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Ariel, Barcelona, 2003. p.824.

impuesto no se mantendrían más allá de sus primeros éxitos al mando del ejército y del cese del maestro de caballería Marcelo, poco proclive a reconocer su autoridad. También hubo de enfrentarse con Florencio, prefecto del pretorio de la Galia que procedía de la corte de Milán. Demostrando una buena disposición como militar y administrador, Juliano obtuvo el mando de las tropas y el gobierno, granjeándose el desprecio de sus generales pero con buena acogida entre los soldados, no muy numerosos pero con buena preparación. Así, Juliano derrotó a los francos y después, de manera coordinada con Constancio a los alamanes, pudiéndose destacar su gran éxito en la batalla de Argenterates (Estrasburgo). Las campañas militares posteriores aseguraron la frontera del Rin de manera permanente.

#### **Las creencias de Juliano y corrientes del paganismo en el s. IV**

A finales del s. III el poder imperial, dañadas sus bases de legitimidad a lo largo del periodo que se ha dado en llamar como la “Anarquía Militar”, emprende una búsqueda de nuevos apoyos ideológicos y religiosos. Así, en el 270 Aureliano se presentó bajo la universalidad del *Sol Invictus*, atractiva connotación monoteísta paralela al desarrollo de una concepción más absoluta del poder. Diocleciano optó por restaurar el fondo religioso tradicional romano para reafirmar su autoridad y la unidad religiosa. Cultos oficiales como los de *Jupiter Conservator* y a Hércules, vinculados a la titulación de los dos augustos, Diocleciano y Maximiano respectivamente, se revitalizan. El presumible origen persa del *Sol Invictus* justificaba su marginación y la persecución de los seguidores del maniqueísmo, acusados de cooperar con el enemigo persa. Se recuperaban las grandes festividades al modo tradicional: aniversarios, triunfos, procesiones y espectáculos, en un marco adecuado para concitar la *pax deorum* que aseguraría la prosperidad del Imperio. A la par se dinamizaban persecuciones contra los cristianos que no consiguieron frenar su expansión. Constantino, ante el fracaso de la fórmula diocleciana y rompe con esta política, iniciando una progresiva política de apoyo al cristianismo en perjuicio de las prácticas paganas<sup>5</sup>.

Como ya se ha señalado, a lo largo del s. IV se venía legislando en contra del paganismo, pudiendo destacar, la orden de cerrar los templos, prohibir el acceso a los mismos y confiscar sus bienes (356); prohibición repetitiva de celebrar los sacrificios (346-365); prohibición de venerar a los ídolos (356); amenazas reiteradas contra quienes practiquen la magia y sacrificios nocturnos; contra los augures, adivinos y brujos que pretendan desvelar el porvenir; contra sus clientes (353-357). Todos estos delitos quedan sujetos bajo pena capital<sup>6</sup>. El gran número de leyes y su repetición revelan la ineficacia de estas medidas que pretenden acabar con la magia bajo todas sus formas, en tanto a elemento desestabilizador del orden establecido más que contra el paganismo en sí mismo. Quienes se dedican a estas actividades pueden llegar a conocer el porvenir del emperador y la forma de obrar para que los designios se realicen. Lógicamente, para recurrir a ellas o para temerlas hay que estar convencido de su eficacia. Parece que buena parte de la sociedad, incluido el propio Constancio, lo estaban. Estas pautas de conducta y creencias se hallarían muy extendidas en el cuerpo social y contaminarían tanto las corrientes cristianas como las paganas. No obstante, hay que señalar que la legislación contra la magia perjudica esencialmente a los paganos, ya que el cristianismo la proscribía, y en cambio las corrientes y cultos paganos le daban mayor acogida.

<sup>5</sup> Gómez Pantoja, Joaquín (Coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Ariel, Barcelona, 2003. p.904 - 905.

<sup>6</sup> Remondon, Roger, *La Crisis del Imperio Romano*. Nueva Clío, Labor S. A., Barcelona, 1967. p. 83.

A ello hay que añadir, que pese a que legalmente trató de evitarse, se constata que numerosos templos fueron destruidos o vendidos. Los cristianos compraron los edificios o aprovecharon los materiales para la reconstrucción o la creación de nuevos edificios<sup>7</sup>.

Las fronteras entre los distintos tipos de religiosidades solían ser tan difusas como permeables. En Oriente el cristianismo se hallaba más extendido y mejor consolidado que en el área occidental del Imperio, en tanto la urbanización de la sociedad era más densa (la Iglesia se desarrollaba y organizaba mejor en el marco de las ciudades), existía un sustrato ideológico-religioso más favorable y había nacido allí, así como por el progreso del monacato. Buena parte de la población mantenía vivas prácticas paganas por hábito e interiorización de las mismas en su hecho religioso y cotidiano. Principalmente, esto sucedería entre las masas rurales, el ejército y las poblaciones exteriores o bárbaros que habían entrado en los límites del Imperio. Otros sectores sociales mantendrían su fidelidad al paganismo por convicción religiosa, pero probablemente, sobre todo, por apego a valores intelectuales y morales que le están ligados y repulsa a las novedades que el cristianismo aportaba, las cargas mentales y conductuales que suponía y las transformaciones sociales y políticas que lo acompañaban. Los tradicionalistas compartirían su afición a la antigua *paideia*, muy influido por Homero y Platón. Este sentimiento estaría, sobre todo, presente entre los grupos cultivados y la aristocracia. Las leyes que perjudicaban al paganismo no harían más que reforzar estas ideas.

El neoplatonismo era una filosofía místico-religiosa que tiene sus orígenes en el filósofo Plotino, sobre la base del platonismo y con fuertes influencias gnósticas. Los neoplatónicos concebían el mundo como la emanación de la fuerza divina, de una entidad absoluta que era inalcanzable. La razón y el mundo espiritual de las ideas eran el primer paso hacia esta espiritualidad, el segundo el alma y el mundo psíquico y el último el mundo material. Cada jalón marca un paso de alejamiento de la naturaleza divina, llegando sólo un pálido reflejo a la materia. En estas fases se situaban a multitud de seres divinos de las religiones orientales y greco-romanas, dando lugar, de manera semejante al gnosticismo, a un sincretismo complejo consecuencia del prolongado desarrollo de la religión y la filosofía antiguas. Para muchas de las corrientes del neoplatonismo, que estaba muy lejos de ser un movimiento ideológico o religioso unitario, mística, adivinación, ayunos y plegarias constituían fórmulas esenciales para alcanzar la dimensión espiritual que los pusiera en vinculación directa con la divinidad.

En este panorama general, falta una referencia a los cultos místicos, en muchos casos relacionados con las corrientes ya citadas y que habían alcanzado un amplio desarrollo. Se pueden señalar los de Mitra, Isis, Cibele y Deméter como los más representativos.

A través de las nuevas religiones y religiosidades, se cubrían aspectos que la religión oficial pública romana no cubría como, por ejemplo, la idea del salvacionismo, la comunión íntima y personal con la divinidad, etc.

Para el paganismo de las élites intelectuales, con las que Juliano tenía afectuosos contactos, el sentimiento pagano sería tan unánime que los términos “paganismo” y “helenismo” parecen tornarse sinónimos<sup>8</sup>.

La opinión de Juliano respecto a los cristianos la conocemos a través de sus propios escritos. Se podrían destacar sus tres libros contra los cristianos “Contra los Galileos” que desaparecieron, posiblemente mandados quemar por sus sucesores en el poder. Sin embargo, hacia el 140 d.C., Cirilo de Alejandría escribió una réplica en treinta libros, de

<sup>7</sup> Arce, Javier, *Estudios sobre el emperador Juliano*. Instituto Rodrigo Caro de Arqueología Madrid, 1984.

<sup>8</sup> Remondon, Roger, *La Crisis del Imperio Romano*. Nueva Clío, Labor S. A., Barcelona, 1967. p. 84.

la cual sí se conservan los diez primeros. Así, se ha podido reconstruir, al menos parcialmente, la obra de Juliano. Sus ataques enlazan con los de los intelectuales paganos de su época, rechaza la pretensión de judíos y cristianos de ser el pueblo elegido por un dió único y la idea de que fuera de ellos solo hay dioses falsos y gentes en el error, no sólo porque haya muchos dioses subordinados que asisten al dios supremo, sino porque es la voluntad divina la de que la humanidad este organizada en pluralidad de pueblos y formas de piedad. Por lo tanto, reconoce la existencia de un Dios supremo que rige todo el cosmos, y por debajo de este, muchos otros a los que se les encomiendan pueblos y religiosidades diferentes. Ningún pueblo puede pretender poseer para sí al dios supremo. También acomete contra el desprecio a la cultura greco-romana, la discordancia entre los evangelios, el politeísmo de la Trinidad cristiana y la manera en que el cristianismo a heredado de los judíos su fanatismo y maldad, que les lleva a destruir altares y templos, perjudica a los que permanecen fieles a las ancestrales tradiciones e incluso condena a los propios cristianos que considera como herejes<sup>9</sup>.

Juliano tenía motivos personales para despreciar a los cristianos. A su forma de ver, ellos habían asesinado a su padre, impuesto varios años de exilio a él y a su hermano bajo la amenaza de muerte, le habían sometido a un adoctrinamiento coercitivo y que no había sido capaz de evitar. Su formación y experiencias le presentaban el cristianismo como una religión de violencias, engaños, intrigas, discusiones dogmáticas vanas, supersticiones, etc. Frente a ello contemplaba el mundo de las divinidades helénicas como un universo de cultura elevada y un tesoro de la antigua civilización. De sus contactos con los paganos, Juliano extraía sus más agradables impresiones de la infancia y juventud<sup>10</sup>.

### **El ascenso de Juliano y sus reformas**

Probablemente Juliano se sentiría cada vez más agobiado en relación a los funcionarios de Constancio que le rodeaban y con los que las disputas y las acusaciones de insubordinación eran frecuentes. Las sucesivas victorias militares y los éxitos habrían reforzado su carácter, y pudieron haberle hecho considerar que se encontraba en una posición ventajosa gracias a los auspicios de los dioses paganos. Las tropas le eran fieles a diferencia de buena parte de los altos funcionarios civiles, como el ya citado Florentio y el maestro de los oficios Pentadio. Juliano tenía más próximo a su cuestor palatino, Secundo Salutio, un conocido senador galo de religión pagana que consiguió el apoyo del César para sus compañeros galos. El ambiente de creciente recelo y de sospecha mutuos entre Juliano y Constancio queda bien patente en el panegírico del César en honor de su tío en el verano del 358<sup>11</sup>.

La reclamación a Juliano, por parte del emperador, de que entregara a Decentio un tercio de las tropas galas, a principios del 360, fue la gota que colmó el vaso. Los efectivos debían ser trasladados al frente oriental en Persia. Los partidarios de Juliano organizaron un motín militar con las tropas que habían sido concentradas en los entornos de París. Juliano fue proclamado Augusto por sus soldados. La corona militar fue ceñida a modo de diadema y fue elevado sobre un escudo por un soldado franco, a la manera gala. Los escritos de éste a su tío (Epístola a los Atenenses) dándole explicaciones de lo sucedido no dejaban dudas acerca del carácter irreversible de su nueva posición. Tras lanzar una nueva campaña contra francos y alamanes para asegurar

<sup>9</sup> Juliano, *Contra los galileos*. Edición a cargo de José García Blanco y Pilar Jiménez Gazapo, Gredos, Madrid, 1982.

<sup>10</sup> Kovaliov, S. I., *Historia de Roma, Vol. 2, El Imperio*. Akal, Madrid, 1973. p.259.

<sup>11</sup> García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998. p. 93.

el limes, ante la negativa de Constancio de admitir la promoción personal de su sobrino, Juliano marchó hacia Oriente por el valle del Danubio para hacer frente por la fuerza a su oponente. Se apoderó de Sirmium y Naisso y amenazó Constantinopla. Constancio salió a su encuentro abandonando la campaña en Persia, pero mientras Juliano se encontraba en Naisso falleció en Tarso el 361 sin que se llegara a trabar combate directo.

Juliano ya había, en aquellos iniciales momentos de su usurpación, tomado contacto con numerosos grupos occidentales, entre los que destacaban la aristocracia senatorial romana, primero dubitativa, y de las provincias balcánicas. Al conocer la noticia de la muerte de su tío, se esforzó en hacer correr la noticia de que en su lecho de muerte le había nombrado como sucesor, legitimando así su poder. A pesar de la oposición anteriormente mostrada, honró al difunto, ganándose así la aceptación por parte del ejército y de las provincias orientales<sup>12</sup>.

La política de Juliano romperá, desde sus inicios, la línea establecida por Constancio. Cuando llegó a Constantinopla a finales del 361 nombró a una comisión de entre su círculo de partidarios, en su mayoría militares, para que depurasen a los consejeros del desaparecido emperador. Estos procesos se desarrollaron en Calcedonia, de donde tomaron su nombre. De esta manera, se puede considerar que el antiguo control burocrático de la administración, integrado fundamentalmente por civiles, se pasaba a un predominio de la aristocracia militar, que estaba ganando poder progresivamente dentro de la estructura del estado romano. De igual manera, Juliano hizo públicas sus creencias paganas, dando las gracias por su triunfo únicamente a los dioses paganos y omitiendo al cristiano<sup>13</sup>. Llamó en torno suyo a los intelectuales paganos más conocidos del mundo helénico.

El hecho más destacado por la historiografía de la obra de Juliano será su intento de volver atrás y revitalizar el paganismo grecorromano (pero desde sus posiciones ya esbozadas) y terminando con la expansión del cristianismo en sus distintas expresiones cristológicas. Por tanto, para Juliano, igual que para muchos de sus seguidores que defendían la religiosidad “tradicional”, en realidad, preconizaban la antigua literatura helenística pagana como la fuente cultural fundamental, sin que se separara su belleza formal del contenido ideológico-religioso. Este “helenismo” era peculiar, en tanto que reducía la filosofía helénica a Pitágoras, Platón y especialmente a Yámblico y sus discípulos. Así, se pone de manifiesto la inflexión hacia lo irracional y lo simbolizante en que habían devenido las corrientes paganas. Juliano se comportaba como un personaje muy religioso, supersticioso incluso, propenso al misticismo, a la teurgia y a las prácticas adivinatorias. Esto le llevaría a rechazar tanto el paganismo agnóstico como al cristianismo. Paradójicamente, Juliano tenía muchos aspectos en los que estaba más próximo al último que al paganismo clásico. Entre éstos se pueden señalar su fe en una divinidad suprema, esencia de lo eterno, de la cuál las restantes no serían sino advocaciones culturales o agentes subordinados a ella. Juliano también mostraba cierta religiosidad por los misterios de Atis, Deméter, Mitra y Hécate. En relación con su práctica oficial, se presentaba como descendiente del dios Sol y anunciando tener revelaciones de este y del Genio del Estado<sup>14</sup>. Él mismo se refiere a su religión como “*una nueva forma purificada del helenismo*”<sup>15</sup>.

El nuevo emperador proclamó la libertad de cultos y religiones, suprimiendo la legislación de restricción estatal que se venía desarrollando desde Constantino y que ya

<sup>12</sup> San Serrano, R. M., *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata*. Akal, Madrid, 1991. p.56.

<sup>13</sup> García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998. p. 94.

<sup>14</sup> San Serrano, R. M., *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata*. Akal, Madrid, 1991.

<sup>15</sup> Kovaliov, S. I., *Historia de Roma, Vol. 2, El Imperio*. Akal, Madrid, 1973. p.265.

se ha señalado. Se decretó la restauración de los cultos paganos y la consiguiente devolución a los templos de los bienes confiscados. En Oriente, donde las pasadas reformas tuvieron más fuerza, se dispuso que los templos que hubieran sufrido daño fueran reconstruidos con fondos estatales. Este último aspecto no tuvo una gran aplicación, posiblemente como consecuencia de las limitadas posibilidades económicas, pero actuó contra el cristianismo, en tanto eran precisamente más numerosos sus fieles donde más se aplicó. Se restauraron templos destruidos por Constantino (Egeas en Cilicia) y se pretendió reconstruir el antiguo templo de Jerusalén, probablemente no porque Juliano apreciase a los judíos, por quienes no tenía excesivas simpatías culturales, sino para renovar el Judaísmo sacrificial y perjudicar a los cristianos aumentando las confrontaciones ideológicas. No obstante, el proyecto fue abandonado antes de su partida a la guerra con los persas por discordancias con el judaísmo rabínico sinagoga y ciertos hechos que fueron interpretados o empleados como manifestaciones divinas (terremotos, accidentes, sabotajes...)<sup>16</sup>.

Obrará una importante reforma de las estrategias del paganismo para atraer prosélitos, tomando muchos aspectos de la Iglesia cristiana, aprovechándose de su conocimiento personal del funcionamiento de la misma y consciente de las circunstancias materiales de la rápida difusión del cristianismo. Los sacerdotes paganos tradicionales de la religión pública romana eran funcionarios electos que ya no habían recibido la formación necesaria ni tenían una educación especial. Así, esta “antiiglesia” fue regularizada por un clero pagano, único para todos los aspectos religiosos, que se distribuyeron por las provincias empleando criterios jerárquicos y uniformadores copiados de la Iglesia. A estos sacerdotes, les concedió privilegios fiscales. Él personalmente ostentó de nuevo el abandonado título de *pontifex maximus*. Intentó fomentar las dos virtudes que más consideración social le merecían y que emulo del cristianismo, la pureza de costumbres y la caridad, a la que él se refería como filantropía (preocupación por los pobres, los necesitados y los forasteros). Al frente de esta nueva estructura, puso a los sacerdotes más ancianos que vigilaban a los restantes. Así, organizó una red de ayuda social vinculada a los templos y una pena espiritual (con connotaciones materiales) muy semejante a la excomunión para aquellos sacerdotes que no desempeñasen correctamente sus funciones. Para su formación teórica y doctrinal esgrimió el opúsculo “de los dioses y el mundo” que tradicionalmente se atribuye a su amigo Salustio. Este texto se convirtió en un auténtico catecismo y vehículo de formación teológica pagana. Juliano desarrolló una serie de escritos de polémica contra los cristianos.

A través de estas medidas dos parecen ser los objetivos de Juliano. Revitalizar el paganismo y erradicar el cristianismo. A la par, la aristocracia pagana (o que habían mantenido una fachada tradicionalista como manera a través de la cuál reivindicar su posición de protagonismo dentro del estado) pasó a primer plano frente a la cristiana, fundamentalmente arriana (más o menos fiel a esa corriente). Las rentas concedidas al clero cristiano fueron suprimidas, al igual que la jurisdicción episcopal. Los clérigos que habían abandonado sus curias basándose en su situación quedaron de nuevo ligados a ellas. La vuelta, en el marco de la libertad religiosa, de los obispos y defensores de las corrientes cristianas que habían sido exiliados por Constancio, originaría divisiones internas y llevaría a disturbios entre los cristianos. En ocasiones esto llevaba al desarrollo de actos de violencia, como el asesinato del obispo arriano de Alejandría, Jorge de Capadocia. Juliano, en estos casos no intervenía, sino que mostraba su

---

<sup>16</sup> Arce, Javier, *Estudios sobre el emperador Juliano*. Instituto Rodrigo Caro de Arqueología Madrid, 1984.

satisfacción<sup>17</sup>. La orden de devolver a los templos las tierras y posesiones que le habían sido confiscados, facilitaba en muchos casos que se perjudicara intencionadamente a los cristianos, ya que era muy difícil identificar a los autores de las confiscaciones pasadas. Las medidas parece que produjeron cierta ofensiva contra los cristianos en aquellos lugares en que el paganismo había mantenido una cantidad considerable de fieles. Se trataba de dotar al paganismo de las bases materiales y sociales que le permitieran recuperar su pasado prestigio y vitalidad, calmando las necesidades espirituales y las aspiraciones religiosas más íntimas de la amplia masa social pagana, a la vez que promocionar y favorecer al círculo selecto de su intelectualidad.

Sin embargo esta política de perjudicar a los cristianos, pese a ser aparentemente efectiva en los momentos iniciales, fracasó. En muchos casos, como en el de Egipto bajo el caudillaje de Atanasio, las diversas tendencias teológicas cristianas se unieron para hacer frente al enemigo común. Pese a las compensaciones que Juliano ofrecía, fueron pocos los aristócratas cristianos que presentaron su apostasía. En buena parte de Siria, y especialmente en Antioquía, donde se instaló en el 362, las medidas (entre las que destaca la exhumación del templo de Apolo en Daphné del cuerpo del mártir local Babylas que mancillaba el recinto sagrado) desencadenaron una notable hostilidad en la población. En esta última ciudad las clases acomodadas, de amplia cultura helénica. Juliano empleó una política de conciliación, perjudicando incluso a Constantinopla, añadiendo nuevos curiales ricos, vendiendo trigo a bajo precio y promulgando una tarifa de precios máximos para los problemas de desabastecimiento. Sin embargo la hostilidad se mantuvo, incluso en los momentos previos a su campaña contra los persas, como él reconoce en su panfleto titulado Misopogon<sup>18</sup>.

El fracaso de las medidas liberales llevó a la implantación de otras más represivas contra el cristianismo. Un primer edicto ordenó que en las ciudades, que hasta entonces nombraban libremente a sus profesores, someterían su decisión a la aprobación del emperador. En el 362 un segundo edicto suyo prohibió a los filósofos, gramáticos y rectores cristianos enseñar en las escuelas. La medida, que despertó una enorme convulsión social, se justificó alegando lo absurdo que resultaba que estos enseñasen doctrinas que considerasen que no eran buenas por los contenidos paganos de las obras<sup>19</sup>.

*Les dejo la elección o no de enseñar lo que creen peligroso o de, si quieren continuar sus lecciones, empezar por convencer a sus discípulos de que ni Homero ni Hesíodo, ni ninguno de los escritores que comentan y que al propio tiempo acusan de impiedad, de locura, de error, no son tales. Si los profesores consideran juiciosos a los escritores que explican, deben ante todo imitar sus sentimientos de piedad hacia los dioses; si creen que los dioses venerados son falsos, que vayan a las iglesias de los galileos para interpretar a Mateo y Lucas<sup>20</sup>.*

Los efectos de esta legislación, supondrían la marginación de los cristianos de la cultura tradicional grecorromana y la desarticulación de la obra de los apologetas anteriores cuyos contenidos quedarían desvinculados de significado. El profesorado se

<sup>17</sup> En la Epístola 379 se refiere a ello como la desaparición de un “enemigo de los dioses”.

<sup>18</sup> o “el que odia al hombre de la barba”, García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998. p. 97.

<sup>19</sup> Kovaliov, S. I., *Historia de Roma, Vol. 2, El Imperio*. Akal, Madrid, 1973. p.265.

<sup>20</sup> Epístola 61, Juliano, *Contra los galileos*. Edición a cargo de José García Blanco y Pilar Jiménez Gazapo, Gredos, Madrid, 1982.

paganizaría. La juventud cristiana tendría que optar entre frecuentar la escuela pagana (en perjuicio de sus convicciones cristianas que se diluirían, según debía de considerar el emperador) o abstenerse a concurrir a ellas. La falta de instrucción llevaría a la natural inferioridad a los aristócratas cristianos frente a sus homólogos paganos, quedando reducidos en la vida económica, social y política. Otras decisiones fueron exilios de los obispos más radicales, como Atanasio, la incitación a motines anticristianos favoreciendo las condenas de quienes atetasen contra ellos (si bien algunas veces hubo de moderar y censurar algunos actos de violencia) y la creación de impuestos especiales bajo pena de confiscación de bienes eclesiásticos si no se pagaban, como sucedió en Edesa.

Juliano se mostraba, como señala en su escrito “Los Césares” partidario de monarquías al estilo de Augusto Trajano o Marco Aurelio, basadas en ideales humanistas y respetuosos para el Senado<sup>21</sup>. Adoptó un género de vida sencillo pero salvo por cierta reducción en el número de *agentes in rebus* y notarios, y una simplificación y humanización del protocolo de la corte, la reforma de la administración central no conllevó cambios reseñables. Su política fiscal, legalizando cierta venalidad en los puestos del funcionariado agravó algunas situaciones. Juliano estuvo interesado por localizar en los puestos superiores de la administración central y territorial, con elementos paganos. También en el 362 decretó la incompatibilidad de los cristianos de pertenecer al ejército y posteriormente a la administración civil. De cualquier manera, durante el gobierno de Juliano, la aristocracia senatorial romana pudo ocupar los puestos de gobierno, especialmente en el área occidental del Imperio. Juliano adoptó también medidas jurídicas y fiscales que beneficiaban al grupo senatorial, tratando de atraerse igualmente al Senado de Constantinopla cuyos miembros fueron implicados en la maquinaria administrativa oriental. La política municipal de Juliano trató de restablecer las finanzas urbanas y decurionales, restituyéndoles sus antiguos patrimonios y dispensando a los curiales de las contribuciones de oro y plata (*aurum coronarium*). Sacerdotes paganos, veteranos, palatinos, médicos y los padres de trece hijos (dentro de la política de fomentar la natalidad en el Imperio y del interés en mantener efectivos en el ejército) quedaron exentos de cargas municipales. Plebeyos enriquecidos fueron sumados a las curias para contribuir a las finanzas públicas con su propia capacidad económica. No obstante, los curiales, como señala Amiano Marcelino, mantuvieron sus protestas por no poder abandonar sus curias<sup>22</sup>.

La política de Juliano puede interpretarse como un intento de recortar la prepotencia de la burocracia central, fortalecida tras el gobierno de Constancio, pero reconociendo la realidad de su poder, tanto en la jerarquía civil como en la militar. Así se pueden concebir los intentos por evitar la corrupción administrativa, las requisiciones arbitrarias o el empleo de fondos públicos por altos funcionarios. Así, es sintomático el fracaso en Antioquía, donde la aristocracia local, aunada con funcionarios y militares, supieron movilizar en su provecho las masas populares y cristianas de la ciudad.

Las monedas de Juliano pasaron a reflejar, igualmente, las representaciones y emblemas de la religiosidad pagana, abandonando las cristianas. En conclusión, se trataba de recrear una estética de lo pagano pero sujeto a una amplia gama de matices, entre las que podemos destacar la propia evolución del paganismo, la personalidad del emperador, los intereses de parte de los grupos de poder, a los que favorecía o perjudicaba en sus intereses esta política y la propia coyuntura real, tanto interior y exterior, del estado romano. Las aristocracias o bien trataron de amoldarse a estos

<sup>21</sup> Alonso Núñez, José Miguel, *Política y filosofía en “Los Cesares” de Juliano*. Hispania Antiqua, Valladolid, 1974.

<sup>22</sup> García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998. p. 97-98.

cambios y variables, o bien organizaron una activa resistencia ideológica, movilizand o población contra muchas de las medidas del emperador.

### **El fin de Juliano y el fracaso de sus medidas**

Ante el malestar existente en amplios círculos de poder de oriente, así como en el ejército, de los cuales Libanio habla de una conspiración contra el emperador (Oratio, 18, 199)<sup>23</sup>, Juliano decidió emprender una huida hacia delante emprendiendo una guerra contra el Imperio Sasánida, pese a no contar con el beneplácito de sus consejeros ni partidarios. En su megalomanía, también pretendía emular al gran héroe del helenismo, Alejandro Magno. Para la campaña contaba con la alianza del rey armenio Arsaces y un ejército de 65.000 efectivos para instalar en el trono persa al príncipe Hormisdas, hermano de Sapor II que había huido al Imperio Romano. Por Zósimo y Amiano conocemos buena parte de las actuaciones del ejército en campaña. La capital enemiga fue alcanzada tras una gran victoria cerca de Seleucia del Tigris, pero ante la imposibilidad de tomar Ctesifonte por asalto, decidió avanzar hacia el norte para reunirse con el lugarteniente Procopio. Para conseguir mayor libertad de movimientos dispuso la quema de la flota que hasta entonces había acompañado al ejército a lo largo del Tigris, lo que debió desmoralizar a la tropa. En el curso de una marcha agiotadora por las condiciones climáticas y continuamente hostigados por las tropas enemigas que se resistían a presentar grandes combates directos, Juliano murió en una escaramuza, alcanzado por la espalda por un soldado sarraceno el 26 de Junio del 363. La misma tradición histórica cristiana que le adjudicó el inmerecido apodo de “Apóstata” hizo circular la versión de que la mano que empuñaba la espada que acabó con su vida era de un soldado cristiano. Juliano reinó un total de dos años y medio.

Para la mayoría de los autores, el reinado de Juliano fue un completo fracaso, tanto desde el punto de vista de su política administrativa, como especialmente la religiosa. En este último sentido la propia actitud del emperador, que multiplicó los sacrificios hasta el punto de ganarse las burlas de sus súbditos, y su conducta supersticiosa en muchos casos no contribuyeron a favorecerle. Hasta los propios paganos como Amiano Marcelino encontraron muchas de sus reformas e innovaciones como inadecuadas para beneficiar al Estado o aún ridículas por su forma de vida monástica. Su estilo de religiosidad no se armonizó bien con el carácter más general del paganismo tradicional. Su neoplatonismo podía resultar seductor a un pequeño grupo de aristócratas e intelectuales, pero no extenderse de manera global al resto de la población del Imperio.

El hecho de que Juliano recurriese a prestaciones caritativas y a tomar otros aspectos del cristianismo que habían sido dejados de lado en el pasado por la religión oficial como nuevos modelos, revela hasta que punto era el paganismo de contrarrestar el empuje social del cristianismo<sup>24</sup>. Algunos señalan que de haber regresado con vida habría emprendido persecuciones violentas contra los cristianos, sin embargo, Libanio consideraba que habría tratado de reconciliarse con estos y lograr cierto consenso religioso en el marco estatal<sup>25</sup>.

Lo cierto es que fuera de poner trabas a los elementos cristianos, de restaurar algunos templos y ceremonias paganas y algunas otras manifestaciones exteriores del paganismo, no hubo nada más. La religión tradicional estaba en descomposición y el cristianismo se conformaba como la nueva religiosidad triunfante, aún en gestación.

<sup>23</sup> García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998. p. 98.

<sup>24</sup> Roldán Hervás, J. Manuel, *Historia de Roma*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1995. pp.466-467.

<sup>25</sup> Gómez Pantoja, Joaquín (Coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Ariel, Barcelona, 2003. p. 833.

Juliano no pareció, a diferencia de Constantino, intuir la dirección de la evolución histórica y quiso oponerse a su curso, por lo que su causa estaba destinada al fracaso y él mismo a desaparecer.

A la muerte de Juliano, quién no había establecido sucesor, el ejército proclamó nuevo emperador a Joviano, general cristiano ortodoxo. La presión persa llevó a la restitución a Sapor II de buena parte de las conquistas de Diocleciano en Mesopotamia. La ortodoxia nicena volvió a la posición hegemónica y Atanasio tornó de su exilio para hacerse cargo de la diócesis de Alejandría.

En momentos posteriores Constancio II cerró los templos paganos, Graciano abandonó el título pagano de pontifex maximus y retiró, simbólicamente, de la curia romana el altar y la estatua de la diosa Victoria (que en su momento fuera restaurada por Juliano) inaugurada por Augusto. Símaco fue el encargado de lanzar un ulterior discurso pagano. Finalmente, Teodosio, seguidor de la ortodoxia nicena, influido por Dámaso y Ambrosio, prohibió la religión pública y privada pagana en el año 392 por el edicto promulgado en Constantinopla. La victoria de Teodosio sobre el “paganismo político” de Eugenio en el 394 es considerada tradicionalmente como el triunfo del cristianismo sobre el paganismo.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- Alonso Núñez, José Miguel, *Política y filosofía en “Los Cesares” de Juliano*. Hispania Antiqua, Valladolid, 1974.
- Arce, Javier, *Estudios sobre el emperador Juliano*. Instituto Rodrigo Caro de Arqueología Madrid, 1984.
- Bouffartigue, Jean, *L'empereur Julien et la culture de son temps*. Institut d'Études Augustiniennes, París, 1992.
- Browning, Robert, *The emperor Julian*. University of California, 1976.
- Fouquet, Claude, *Julien: la mort du monde antique*. Belles Lettres, París, 1985.
- García Moreno, Luis A., *El Bajo Imperio Romano*. Síntesis, Madrid, 1998.
- Garnsey, P., Saller, R., *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura*. Crítica, Barcelona, 1991.
- Gibbon, Edward, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano. Vol.3. Desde Juliano a la partición del Imperio*. Turner, Madrid, 1984.
- Gómez Pantoja, Joaquín (Coord.), *Historia Antigua (Grecia y Roma)*. Ariel, Barcelona, 2003.
- Juliano, *Contra los galileos*. Edición a cargo de José García Blanco y Pilar Jiménez Gazapo, Gredos, Madrid, 1982.
- Juliano, *Discursos: I-V*. Introducción, traducción y notas de José García Blanco, Gredos, Madrid, 1979.

- Juliano, *Discursos VI-XI*. Introducción, traducción y notas de José García Blanco, Gredos, Madrid, 1982.
- Kovaliov, S. I., *Historia de Roma, Vol. 2, El Imperio*. Akal, Madrid, 1973.
- Mangas Manjarrés, Julio, *Historia del Mundo Antiguo Vol. 59, Constantino y sus sucesores : la conversión del Imperio*. Akal, Madrid, 1990.
- Remondon, Roger, *La Crisis del Imperio Romano*. Nueva Clío, Labor S. A., Barcelona, 1967.
- Roldán Hervás, J. Manuel, *Historia de Roma*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1995.
- Rostovtzeff, M., *Historia social y económica del Imperio romano*. Espasa Calpe, Madrid, 1973.
- San Serrano, R. M., *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata*. Akal, Madrid, 1991.

Nombre de archivo: Las Reformas de Juliano.doc  
Directorio: C:\DOCUME~1\AGENDA\CONFIG~1\Temp  
Plantilla: C:\Documents and Settings\AGENDA\Datos de  
programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot  
Título: -  
Asunto:  
Autor: Enrique H. P.  
Palabras clave:  
Comentarios:  
Fecha de creación: 21/11/2007 16:06  
Cambio número: 2  
Guardado el: 21/11/2007 16:06  
Guardado por: E  
Tiempo de edición: 1 minuto  
Impreso el: 23/11/2007 11:17  
Última impresión completa  
Número de páginas: 14  
Número de palabras: 6.918 (aprox.)  
Número de caracteres: 39.437 (aprox.)